

La Situación de Tierra Santa

Marco Malagola OFM.

Agradezco a la presidencia del Congreso de haberme concedido la palabra, a pesar de la multiplicidad de los temas en la agenda. Sin embargo, me parece no sólo oportuno sino también un deber informar al Congreso sobre la situación extremadamente grave en que en estos días se encuentra la Tierra Santa; con igualmente graves consecuencias para el proceso de paz. No debemos olvidar, queridos amigos, que la Tierra Santa, donde Jesús nació, murió y resucitó, San Francisco la llevaba en el corazón, donde deberíamos llevarla todos nosotros.

No tengo la intención de exponer en su totalidad y complejidad la situación política actual de la región, no teniendo a disposición más que algunas informaciones y pocos elementos útiles para la objetiva valoración de la realidad. La historia del conflicto israelo-palestino es una historia antigua y tan compleja que no bastaría un entero congreso para tratarla completamente. Me limitaré a una breve y concisa exposición de la situación, que, según parece, se ha ido agravando cada vez más en estos últimos días.

En julio pasado, los tres Patriarcas de Jerusalén: el griego ortodoxo, el armeno ortodoxo y el Patriarca latino Sabbah, enviaron una carta al Presidente de los Es-

tados Unidos, Bill Clinton, en la cual le reclamaban una urgente intervención como mediador entre los dos contendientes, Ehud Barak y Yasser Arafat, a fin de salvaguardar el carácter sagrado de la Ciudad Vieja de Jerusalén, donde se encuentran los santuarios más venerados de las tres religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islamismo.

Hasta hoy, aquella carta no ha sido respondida. Así decía recientemente el Patriarca Sabbah, pero resulta que el Presidente Clinton, durante las negociaciones de *Camp David* ha tomado muy en serio la petición de los tres Patriarcas. En efecto, el asunto de la sacralidad de la Ciudad Santa ha sido discutido atenta y explícitamente durante la negociación.

En este punto, es necesario observar que el carácter sagrado de Jerusalén está estrechamente ligado a la situación política y, por tanto, al problema de la soberanía de la Ciudad Vieja que ha sido y seguirá siendo el problema crucial de las negociaciones. Es necesario además, subrayar que Israel ha declarado siempre a Jerusalén, toda Jerusalén, incluida por tanto la Ciudad Vieja, como la capital indivisible del Estado de Israel. Durante la visita del Papa -dicho sea de paso, consistió en una obra maestra del equilibrio interreligioso y político- los gobernantes israelitas y los rabinos reforzaron insistentemente en sus discursos la indivisibilidad de la entera ciudad de Jerusalén.

Sin embargo, cuando en *Camp David* se puso sobre la mesa de discusión el

asunto de la soberanía, el desacuerdo entre las dos partes se volvió áspero y la negociación falló. La cuestión central es Jerusalén; la paz se juega sobre y para Jerusalén. Israel, que unificó a Jerusalén en la Guerra de los 6 Días en 1967, la considera su capital eterna e indiscutible; mantiene que su soberanía tiene que ser, para todos los efectos, completa.

Arafat dice que no, y exige a su vez una soberanía total sobre Jerusalén Este, incluida la explanada de la mezquita. Esta área de la mezquita es el tercer lugar sagrado del Islam, luego de la Meca y de Medina en Arabia Saudita y tiene un valor religioso no sólo para los musulmanes palestinos sino también para todo el mundo árabe. Los israelíes rebaten sosteniendo que para los judíos es sagrado tanto el Muro de los Lamentos como un sector comprendido en el área de la mezquita, aquél que ellos llaman el Monte del Templo.

En el tentativo de superar los obstáculos se han examinado diversas soluciones. Entre ellas, la de declarar sobre Jerusalén la “soberanía de Dios”, haciendo notar que la Ciudad Santa no puede ser una capital como todas las otras capitales del mundo, porque Jerusalén tiene alguna cosa distinta por su carácter sagrado para las tres religiones. Por tanto, igualdad para todos y libre acceso a los santuarios de la Ciudad Vieja. Ninguno de los dos Estados debe tener tal exclusividad. En síntesis, deberían tener en cuenta la sacralidad de la Ciudad.

La Santa Sede, como es sabido, siempre ha estado a favor y ha sostenido un régimen internacional para Jerusalén o, eventualmente, un estatuto especial y particular bajo la garantía de las Naciones Unidas. Después del fracaso de *Camp David*, Clinton pensaba reanudar los contactos entre las dos delegaciones y el Secretario de Estado de USA, Madeleine Albright, se afanaba por retomar las negociaciones. De no ser por la programada y provocadora visita del jefe del Likud –que es el partido de la derecha, Ariel Sharon- conocido ya por otras provocaciones, el 28 de septiembre se presentó en la explanada de la mezquita, escoltado por militares israelíes, desencadenando así la ira de los musulmanes, quienes consideraron el hecho como una profanación inadmisiblemente del santo lugar. Se desencadenó inmediatamente, por tanto, la revuelta palestina que desde Jerusalén se está aún extendiendo a toda la zona que está hasta ahora conociendo días de sangre, causando centenares de heridos y decenas de muertos.

Con la excepción de Estados Unidos, que se han abstenido, los catorce países miembros del Consejo de Seguridad han condenado claramente la visita instigadora del jefe de la derecha israelita a la explanada de la mezquita, deplorando también el uso desproporcionado de las fuerzas militares israelíes. El Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan, no vacila en declararse más bien pesimista respecto del proceso de paz, pues considera que a los líderes de ambas partes, Arafat y Barak, el control de la situa-

ción se les ha escapado de las manos, estando los dos fuertemente condicionados por las respectivas alas extremistas.

Al llegar a este punto es necesario preguntarse: “¿Qué será de la paz en Tierra Santa?” Pienso que cuando la calma sea restablecida, se deberá necesariamente retornar al trabajo de la negociación y volver a comenzar todo desde el comienzo. ¡Lástima! Si pocos meses antes se hablaba siempre más de paz y siempre menos de guerra; hoy, en Israel, de paz se habla casi nada.

He terminado, pero se me permita aún una palabra más. Para mí ha sido un verdadero placer de encontrarme en medio de ustedes; estar acá casi por fortuna en suplencia del delegado de la Comisión de Justicia y Paz y salvaguarda de la Creación de la Custodia de Tierra Santa, imposibilitado de participar en el Congreso. Me es placentero recordar acá que en este Año Jubilar la Comisión de Justicia y Paz de la Orden, celebra veinte años de su fundación (1980), convirtiéndose operativa, justo cuando el Definitorio general confiaba al suscrito, apenas regresado de la misión en Papua Nueva Guinea, la responsabilidad, como secretario, de la nueva Comisión.

Desde ese entonces se ha realizado mucho camino y es bello pensar que aquella pequeña y frágil semilla ha crecido, se ha hecho un árbol frondoso, con tantas ramas y hojas y frutos. Si miro en torno a mí, me siento como un abuelo en medio de ustedes, un abuelo que mira con satis-

facción estos 20 años en los cuales la Comisión de la Orden, a través de la vasta red de Comisiones provinciales, tanto ha dicho y tanto ha hecho para que la Justicia, la Paz y la Salvaguarda de la Creación no sean solamente sueños, sino realidades para vivir y ser encarnadas.

Para terminar, permítanme que haga un homenaje a “Franciscans International”, (ONG), broche de oro de la Comisión de la Orden, que en Ginebra, sede de las Naciones Unidas, da testimonio y hace visible frente a los potentes de la tierra, la vitalidad y la actualidad del mensaje de Francisco a favor de los pobres y de los sin voz. Recuerdo que en las Naciones Unidas, siempre en Ginebra, al día siguiente de un enardecido debate sobre la insurrección popular ahogada en sangre en la Plaza Tienanmen en 1989 en Pekín, el entonces ministro del exterior francés, Roland Dalmas, después de haber saludado a las delegaciones de los estados, se dirigió a los representantes de las Organizaciones no Gubernamentales (ONG) con estas palabras: “Saludo y agradezco a las ONG presentes porque mientras hay gobiernos que callan sobre las violaciones a los derechos humanos, ellas hablan y denuncian”.

¿Qué cosa puedo desear para todos nosotros, que estamos acá para recordar que trabajar por la Justicia y la Paz es un elemento constitutivo de nuestra vocación cristiana franciscana? Simplemente lo siguiente, queridos amigos: el coraje de la esperanza y, si fuera necesario, el martirio de la paciencia.